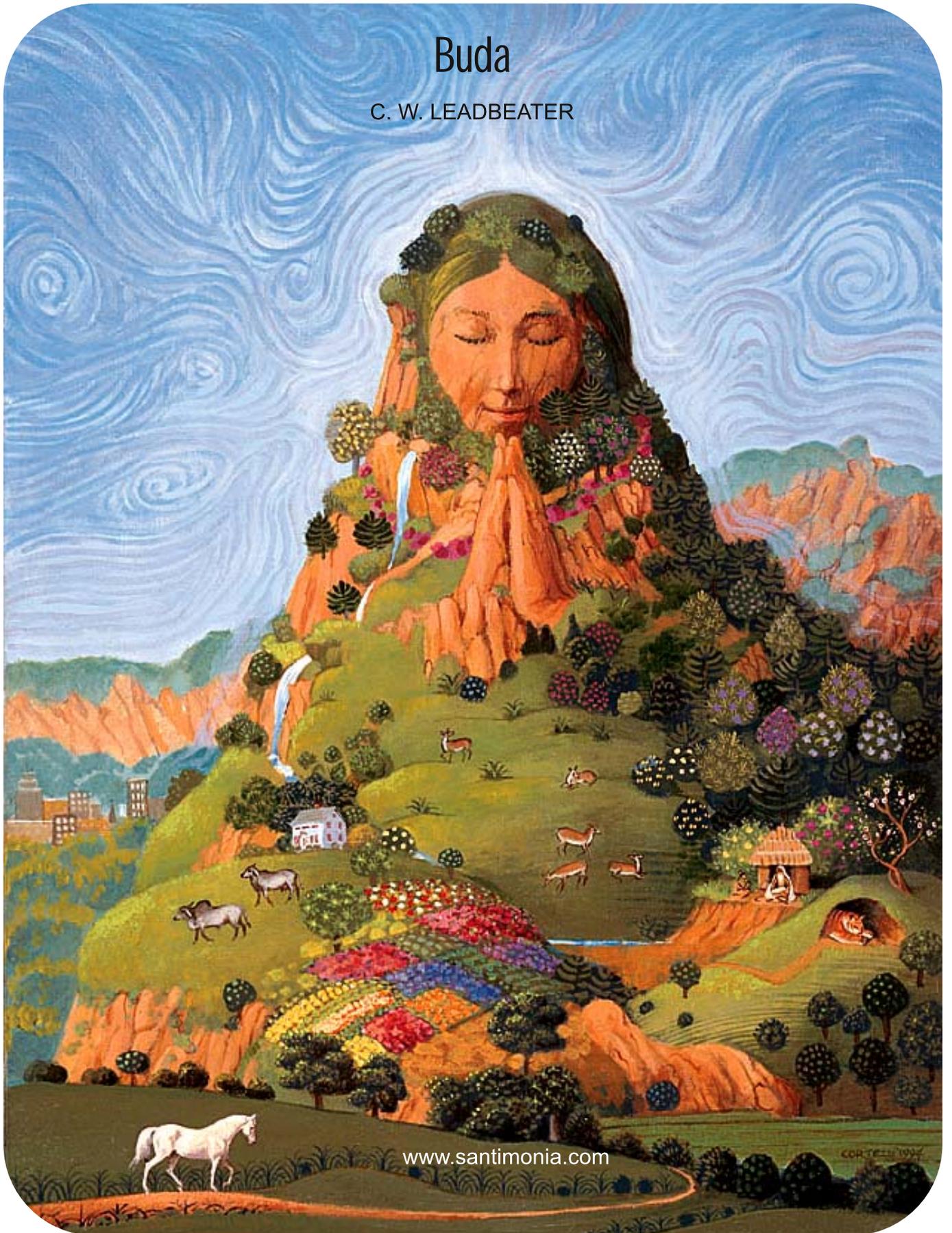


Buda

C. W. LEADBEATER



www.santimonia.com

Copyright 1997

EL BUDISMO

Por encargo de la Sociedad Teosófica, he estudiado durante algunos años entre los budistas de Ceilán¹ y de Birmania², y yo mismo fui admitido en la Iglesia Budista del Sur por su jefe Abbot Hikkaduwe Sumangala, al cual tendré que citar de vez en cuando, si bien procuraré que sea lo menos posible, pues trataré más bien de exponeros mis propias impresiones acerca de esta gran religión.

Primero dedicaré algunas palabras al Fundador del Budismo; luego bosquejaré sus más culminantes principios, y después diré algo acerca de sus resultados prácticos.

LA VIDA DEL FUNDADOR DEL BUDISMO

La historia de la vida del Fundador del Budismo es una de las más bellas que jamás se han referido; pero ahora sólo puedo dar un muy ligero bosquejo de ella. Los que deseen leerla tal como merece y debe ser referida, esto es, en brillantes y melodiosos versos, deben leer “La Luz de Asia”, por Sir Edwin Arnold. Verdaderamente, no existe exposición alguna tan hermosa de los principios de esta gran religión como la que Sir Edwin Arnold ha dado en los incomparables versos de su bello poema, y si tengo la fortuna de introducir en este gran libro alguno que todavía no sea conocido, seguramente el lector me lo agradecerá.

Resumiendo, pues, el gran Fundador del Budismo fue el Príncipe Siddartha Gautama de Kapilavastu, ciudad situada a unas cien millas del nordeste de Benarés en la India, a cuarenta millas de los picos inferiores de las montañas de los Himalayas. Era hijo de Suddhodana, el rey de los Sakyas, siendo su esposa la Reina Maya. Nació en el año 623 A. de C., y su nacimiento está rodeado de encantadoras leyendas, del mismo modo que lo están los nacimientos de todos los demás grandes instructores. Se cuenta que tuvieron lugar grandes prodigios, como, por ejemplo, que apareció una magnífica estrella, del mismo modo que más tarde se dijo con respecto al nacimiento de Cristo. Su padre, el rey, como era natural en un monarca hindú, había mandado hacer el horóscopo del niño inmediatamente después de su nacimiento, resultando de la predicción del mismo, que su destino debía ser de un alcance muy notable y trascendental. Fue predicho que tenía ante sí una gran elección que hacer, y que podía sobrepasar a todos los hombres de su época, siguiendo una de las dos líneas que tenía a su elección. O podía

¹ Hoy Sri Lanka.

² En inglés, Burma. Hoy Myanmar.

convertirse en un rey de un poder temporal mucho más extenso que el de su padre, un Señor de señores o Emperador de toda la Península Inda, tal como sólo de vez en cuando ha sucedido en la historia, o podía abandonar por completo todos los privilegios anexos a su real estirpe y convertirse en un asceta errante consagrado a perpetua pobreza y castidad. Pero, que si elegía este último destino, sería además el más grande instructor religioso que el mundo había conocido jamás, y que los millares de hombres que le seguirían en su camino, serían machismo más numerosos que los súbditos de cualquier reino de la tierra.

No debe causarnos sorpresa alguna que el rey Suddhodana se impusiese algo ante la idea de que su hijo primogénito pudiera llevar esta vida de mendigo, y que desease que su real descendencia se perpetuara y engrandeciera. Así, pues, se esforzó desde un principio en dirigir la elección del Príncipe hacia las líneas temporales con predilección a las espirituales; y puesto que conocía que la aceptación de la vida espiritual sería muy probablemente determinada por la vista de las penas y sufrimientos humanos, así como por el deseo de remediarlos, decidió (así lo cuenta la historia) apartar de la vista del Príncipe todo lo que pudiese sugerir estos tristes pensamientos. Se dice que decidió que el Príncipe no debía conocer nada de cuanto se refiere a la decrepitud y a la muerte, y que ordenó que se le colocara en medio de las diversiones y placeres temporales, así como que se le enseñase a dedicarse a fomentar la gloria y el poder de la real casa. El Príncipe habitaba un soberbio palacio rodeado por millas de magníficos jardines en el cual estaba realmente prisionero, aun cuando lo ignoraba. Estaba rodeado de cuanto podía contribuir a sus placeres bajo todos los aspectos: sólo se permitía que se le acercase lo joven y lo bello; cuantos estaban enfermos o sufrían de algún modo eran cuidadosamente apartados de su vista. Así pasó, al parecer, sus primeros años, confinado en este extraño, y, sin embargo, delicioso mundo. El muchacho creció hasta que llegó a la edad viril, y entonces fue desposado por Yasodhara, la hija del Rey Suprabuddha. Se creyó, al parecer, que este nuevo estado absorbería por completo la atención y la vida del Príncipe, y, sin embargo, está escrito que durante todo este tiempo surgían a intervalos en su mente recuerdos de otras vidas, y un confuso presentimiento de un gran deber no cumplido turbaba su reposo. Sin embargo, cuando fue llegado el momento, se casó y tuvo un hijo, Rahula. Pronto después de este suceso principió a aumentar su pena y disgusto, y parece ser que insistió en pasar al mundo exterior a fin de ver algo de la vida de los demás. Escrito está que de este modo se puso en contacto por vez primera con la decrepitud, con la enfermedad y con la muerte, y profundamente afectado a la vista de tales miserias tan comunes entre nosotros, aunque completamente nuevas y

desconocidas para él, sintió una gran tristeza al contemplar el triste destino de sus semejantes. Viendo, además, cierto día a un santo ermitaño, se impresionó vivamente a la vista de su sereno y majestuoso aspecto, y comprendió que en este mundo había a lo menos uno que estaba por encima de los por otra parte generales males de la vida. Desde este momento su resolución de vivir la vida espiritual se hizo más y más firme, hasta que al fin llegó el instante en que, a la edad de veintinueve años, abandonó definitivamente su rango de príncipe, dejando todas sus riquezas en manos de su esposa e hijo, y se retiró a la selva para dedicarse a la vida ascética.

Como es muy natural, Gautama pertenecía, como su padre y todos los demás habitantes de la India, a la gran religión Hindú, y por lo tanto, se dirigió a los principales ascetas Brahmanes con el objeto de adquirir las instrucciones y los consejos que necesitaba en su nueva vida. Pasó un período de seis años entre estos instructores, con el objeto de aprender de ellos la verdadera solución del problema de la vida, y a fin de hallar un remedio a las miserias del mundo, sin poder encontrar cumplidamente lo que buscaba. La enseñanza de estos instructores parece haber sido siempre que sólo por medio del más rígido ascetismo, e imponiéndose las más duras privaciones, puede uno esperar escapar a las penas y sufrimientos que son la herencia de todos los hombres, y por lo tanto, Gautama ensayaba uno tras otros todos los sistemas hasta en sus más minuciosos detalles, aunque siempre con un ardiente deseo no satisfecho de encontrar algo más real y positivo. El riguroso y persistente ascetismo a que se entregó, quebrantó al fin su salud, y se cuenta que un día estuvo a punto de morir extenuado de hambre. Después que se hubo restablecido, comprendió que, si bien para hallar lo que buscaba podía el ascetismo ser un método bueno para ser practicado “fuera” del mundo, no era, sin embargo, este método el más apropiado para llevar la luz “al” mundo, y en consecuencia pensó que para ayudar a sus semejantes, debía cuando menos vivir el tiempo necesario para encontrar la verdad que les podía hacer libres. Parece ser que desde los primeros momentos observó la más altruista conducta. Aunque poseía todo cuanto podía hacer la vida feliz y apetecible, sin embargo, las mudas penalidades y miserias de tantos millones de infelices repercutían sobre él de una manera tan vívida, que mientras vivió, jamás le fue posible conocer la felicidad. No era para sí, sino para los demás, que deseaba hallar un medio para escapar a las miserias de la vida física. No era para sí, sino para los demás, que sentía la necesidad de una vida elevada que pudiese ser vivida por todos.

Viendo, pues, que todas las prácticas ascéticas eran ineficaces, las abandonó, dedicándose desde aquél momento a educar su mente en el ejercicio de la más elevada meditación. Colocóse inmediatamente debajo del

árbol Bodhi, resuelto a obtener por el poder de su propio espíritu el conocimiento que buscaba. Sentado allí en profunda meditación, examina todas estas cosas, estudia profundamente en el corazón y causa de la vida, y se esfuerza en llevar su conciencia hasta un elevado nivel. Al fin, por medio de un poderoso esfuerzo, obtuvo lo que deseaba, y entonces vio desarrollarse ante sí el maravilloso esquema de la evolución, y el verdadero destino del hombre. Así se convirtió en Buda, el iluminado, disponiéndose entonces a compartir con sus semejantes el maravilloso conocimiento que había obtenido. Salió a predicar sus nuevas doctrinas, principiando con un sermón que todavía se conserva en los libros sagrados de sus discípulos. En la lengua de sus discípulos, el pâli (que para ellos es todavía la lengua sagrada, como lo es el latín para la Iglesia Católica), este primer sermón es conocido con el nombre de *Dhammachakkappvattana Sutta*, el cual ha sido traducido como significando “Poner en movimiento las ruedas del carro real del Reino de la Justicia”. En algunos libros de nuestros modernos orientalistas podéis hallar una traducción literal del mismo; pero si deseáis comprender el verdadero espíritu de lo que Buda dijo, entonces haréis bien en dirigiros al Libro Octavo del maravilloso poema de Sir Edwin Arnold. Si este poeta nos da el significado literal de cada palabra, tan exactamente como los demás eruditos orientales, es cosa que no puedo precisar; pero sí puedo decir, que da como ningún otro ha dado hasta ahora en inglés, el espíritu que compenetra esta gran doctrina oriental. He vivido en medio de este pueblo; he asistido a sus festividades religiosas y conozco los sentimientos de su corazón; y al leer “La Luz de Asia”, se presenta toda la escena ante mí, tan vívidamente como la he visto muchas veces, al paso que la ruda y pedantesca exactitud de los orientalistas, no presenta ningún eco de la mística música de Oriente.

Para decirlo en breves palabras, el Buda presentaba ante sus oyentes lo que él llamaba “El Sendero Medio”. Declaraba que los extremos, en cualquier sentido que fuesen, eran igualmente contraproducentes; decía, por una parte, que la vida del hombre del mundo, absorto por completo en sus negocios y persiguiendo sueños de gloria y poder, era de resultados perjudiciales y funestos, puesto que de este modo descuidaba por completo todo aquello que era realmente digno de estima y consideración. Pero por otra parte enseñaba también que el riguroso ascetismo que dice al hombre que debe renunciar por completo al mundo y que le aconseja que se dedique exclusiva y egoístamente a buscar los medios de separarse y escapar del mismo, era igualmente perjudicial y nocivo. Sostenía que el “sendero medio” de la verdad, y del deber, era el mejor y más seguro, y que si bien la vida consagrada exclusivamente a la espiritualidad, podía ser vivida por aquellos que estaban suficientemente preparados para ella, había, sin embargo, también una

perfecta y verdadera vida espiritual posible para el hombre que todavía tenía su sitio y desempeñaba su misión en el mundo. Basaba su doctrina de una manera absoluta, sobre la razón y el sentido común. No pedía a nadie que creyese ciegamente, sino que, por el contrario, decía a todos que abriesen los ojos y mirasen en torno de sí. Declaraba que, a pesar de todas las miserias y sufrimientos del mundo, el gran esquema del cual el hombre forma parte, es un esquema de justicia eterna, y que la ley bajo la cual vivimos es una ley misericordiosa que sólo necesita que la comprendamos y que adaptemos nuestra conducta a la misma. Declaraba que el hombre mismo es la causa de sus sufrimientos, debido a que se deja dominar por el deseo, yendo constantemente tras aquello que es objeto de sus ansias, y que la felicidad y la satisfacción se pueden obtener más fácilmente limitando y restringiendo los deseos, que por medio del aumento de los honores y riquezas. Enseñó este “sendero medio”, por toda la India, con el más sorprendente éxito, durante un período de cuarenta y cinco años, y al fin murió, a los ochenta de su edad, en la ciudad de Kusinagara, el año 543 A. de C.

Las fechas que he dado más arriba son las de los anales orientales, y aunque los orientalistas europeos se negaban al principio a aceptarlas, tratando de probar que Buda vivió en una época mucho más cercana a la Era Cristiana, ulteriores investigaciones les han forzado a colocar esta época en una fecha más lejana, por cuyo motivo aceptan ahora que los anales originales son dignos de confianza. La historia y los edictos del gran Emperador budista Asoka han prestado un gran servicio para aclarar esta cuestión de cronología; y el Mahawanso de Ceilán nos da una cuidadosa y detallada relación que cuanto más se la investiga, tanto más verídica y digna de confianza demuestra ser. Actualmente, pues, las fechas relacionadas con la época en que vivió Buda son aceptadas sin oposición alguna. Por lo que se refiere a los detalles que acerca de la vida de Buda se nos dan, difícil es el decir hasta qué punto podemos confiar en su exactitud. Probablemente, la veneración y cariño de sus discípulos envuelve su memoria con una especie de velo o aureola legendaria, como ha sucedido con todos los demás grandes instructores religiosos. Sin embargo, nadie puede dudar de que poseemos una muy bella historia, que contiene la vida de un hombre muy santo, de una gran pureza de vida, y dotado de una maravillosa claridad de visión espiritual. Como dice Barthelemy St. Hilaire: “Su vida es absolutamente sin mancha. Su constante heroísmo iguala a su convicción; él es el modelo perfecto de todas las virtudes que predica; su abnegación, su caridad, su constante dulzura, jamás le abandonan ni por un solo instante... El prepara en el silencio su doctrina durante seis años de trabajo y meditación; él la propaga con el solo poder de la palabra y la persuasión durante más de medio siglo, y cuando muere en brazos

de sus discípulos, es con la certidumbre del sabio que ha practicado las más nobles virtudes durante toda su vida, y que está seguro de haber encontrado la verdad”.

LAS ENSEÑANZAS DE BUDA

Examinemos ahora los grandes principios de su doctrina. En cierta ocasión se le preguntó a Buda si le era posible encerrar su doctrina en un solo Sutta o versículo de cuatro líneas, contestando él del modo siguiente:

*“Sabbapâpassa akaranam;
Kusalassa upasampada;
Sa chittapariyo dapanam;
Etam Buddhana sasanam.”*

Lo cual puede ser traducido por:

“Cesa de obrar mal;
Aprende a obrar bien;
Se limpio de corazón;
Esta es la religión de los Budas.”

Fácilmente se comprenderá que esta definición es muy clara y comprensible. Ante todo se invita al hombre a que no obre mal, en ninguno de los sentidos que encierra esta palabra; pero en modo alguno debe contentarse con esto, pues debe dar a su actividad una nueva dirección, y “aprender a obrar bien”. Luego, después de haber de este modo regulado su conducta con respecto al mundo exterior, se le incita a que sea limpio de corazón, mandamiento de un alcance tan vasto que pocos preceptos existen en la vida espiritual que no estén contenidos en él. Todo el fundamento de las enseñanzas de Buda era siempre el sentido común y la justicia. Basaba su pretensión a ser escuchado sobre el hecho de que sus enseñanzas eran claras y comprensibles, e imprimió esta circunstancia de una manera tan insistente y enérgica en el espíritu de sus discípulos, que en un Concilio Ecuménico que los monjes Budistas celebraron en Vaisâli, cuando surgió la cuestión acerca de si ciertas doctrinas habían realmente formado parte de las enseñanzas de Buda, se convino unánimemente en que “sólo aquello que no está en contradicción con la pura y sana razón, podía pertenecer a las enseñanzas de Buda”. (*Buddhism in Tibet*, p. 21, por Schlagintweit) ¡Ojalá que los Concilios Ecuménicos de la Iglesia Cristiana hubiesen hecho otro tanto!; pues así, los

absurdos que han oscurecido y desnaturalizado la verdadera fe, jamás hubieran tomado la gigantesca y sin embargo insólita estructura de la teología ortodoxa actual.

Esta decisión del Concilio concuerda también con lo que el mismo Buda dijo a los habitantes del pueblo de Kâlâma cuando le preguntaron en cuáles, entre todas las diversas doctrinas del mundo, debía creer; a lo cual contestó: “No creáis en una cosa que se dice por el solo hecho de que se dice; ni en las tradiciones porque han sido transmitidas por la antigüedad; ni en los rumores como tales; ni en los escritos de los sabios sólo porque proceden de ellos; ni en ideas que quizás imaginéis que han sido inspiradas por un Deva (esto es, en una supuesta inspiración espiritual); ni en conclusiones sacadas de alguna suposición que por acaso podáis haber hecho; ni en la que puede parecer una fatalidad inevitable; ni en la simple autoridad de vuestros propios instructores o Maestros. Pero creed cuando el escrito, doctrina o máxima esté sancionada por vuestra propia conciencia. Por esto yo os he enseñado, no a creer meramente lo que habéis oído, sino a creer según los dictados de vuestra propia conciencia, así como a obrar según ella con entera y completa libertad”. Estas palabras se pueden hallar en el *Kâlâma Sutta* del *Anguttara Nikâya*, y seguramente que la actitud que por parte del instructor religioso presentan es muy clara y terminante.

El Budismo, por lo tanto, no tiene credo alguno; sólo exige que el hombre examine por sí mismo los hechos que le rodean. Es la única doctrina que el mundo ha conocido que está completamente libre de dogmas, ceremonias y supercherías. Según sus enseñanzas, dentro de las inmutables leyes de la justicia, cada hombre es en absoluto su propio creador y el de su destino. El budista es aquel que sigue las enseñanzas de Buda y vive la vida que él ha prescrito. Así, pues, según esto, pueden existir muchos individuos entre nosotros a quienes se puede calificar de budista, aun cuando jamás hayan leído una sola palabra de esta maravillosa doctrina. La enseñanza de Buda reconoce también los diversos tipos de hombres, y atiende, por lo tanto, a la necesidad que algunos de ellos sienten de recibir un conocimiento más amplio que por el momento no sería asequible a los demás. Ya tuve ocasión de insistir acerca de este punto al hablaros del Cristianismo, y lo mismo exactamente que dije de éste puede decirse con respecto al Budismo. En el *Parinibbana Sutta* se presenta al mismo Buda declarando que él no da con restricción y parsimonia, como hacen algunos instructores que ocultan algunas cosas; pero si bien es evidente que con esto se quiere dar a entender que enseñaba todas las cosas abiertamente, tampoco es por ello menos cierto que el verdadero fundamento de la gran ley sólo puede ser comprendido por aquellos que han perfeccionado sus poderes perceptivos. Vemos que hablaba en parábolas y

relataba historias para las ignorantes masas, del mismo modo que lo hacía Cristo; pero también predicaba el *Sutta Pitaka* para los más avanzados, del mismo modo que daba el *Vinaya Pitaka* para el gobierno de los monjes de su orden, y perfeccionaba el *Abhidhamma Pitaka*, o enseñanza filosófica o psicológica, para las inteligencias más desarrolladas. Al paso que insistía tan enérgicamente acerca de la posibilidad y el deber de vivir una vida pura mientras todavía se estuviese en medio de los negocios del mundo, enseñaba, como todos los demás grandes instructores han hecho, que la más elevada de todas las vidas era aquella que estaba consagrada por completo al desarrollo espiritual y al servicio de la humanidad. Con este objeto fundó la gran orden monástica llamada el *Sangha*, a la cual tendré que referirme más adelante.

LAS CUATRO NOBLES VERDADES

El método seguido por Buda, que consiste en enumerar ordenadamente cada asunto de por sí, colocándolo bajo diversos epígrafes, con el objeto de ayudar a la memoria, es un rasgo muy interesante de sus enseñanzas. En su primer sermón, empieza por la enumeración de sus Cuatro Nobles verdades. Estas cuatro verdades representan otros tantos eslabones de una cadena de razonamientos, y cada uno de ellos va seguido de una explicación detallada; pero el conjunto, está ordenado de tal suerte, que una sola palabra es suficiente para traer al momento al espíritu de cualquier estudiante, el argumento entero; y apenas si será posible, aun para el menos inteligente, que haya estudiado una vez la cadena de razonamientos, el olvidar ninguno de sus eslabones.

Sus cuatro verdades son:

1ª El dolor.

2ª La causa del dolor.

3ª La cesación del dolor.

4ª El sendero que conduce a la cesación del dolor.

La primera Verdad la explicaba Buda de este modo: toda la vida del hombre en el mundo es una vida que, o bien está llena de dolor, o en cualquier momento está expuesta a serlo. El hombre se esfuerza constantemente en obtener algo de que carece, y sufre en tanto que no lo consigue o, por otra parte, está en un continuo temor de ser desposeído de algo que ya ha obtenido. El hombre sufre cuando pierde a los que ama, o aquello a que está fuertemente adherido; sufre a veces porque desea obtener un amor que se le niega, o porque aquello que ama huye de él. Sufre por el temor que siente a la muerte, ya sea por lo que se refiere a sí mismo, ya con respecto a las personas que

ama. Así, pues, desde el nacimiento a la muerte, la vida del hombre ordinario en el mundo es una vida que en mayor o menor grado está completamente saturada de pesares y sufrimientos.

Luego se ocupa de la segunda de sus Verdades, y pasa a investigar cuál es la causa del dolor y después de un cuidadoso análisis llega a la conclusión de que la causa de todo dolor es el deseo inferior. Si un hombre no siente afán de riquezas y honores, permanecerá sereno y tranquilo, ya sea que los obtenga, o bien si los tiene se los arrebaten. Si su afecto se halla fijo en niveles elevados, si ama a su amigo, en este caso jamás podrá ser separado de él, ni su afecto se podrá jamás debilitar o perder. El hombre sufre a veces cuando llega a la decrepitud; pero esto sólo es debido a que siente un gran cariño por aquellas facultades físicas que en esta época de su vida ve que le abandonan. Si comprendiese realmente que el alma permanece inmutable, a pesar de la alteración que sufren las facultades corporales, no sentiría pesar alguno por este desgaste de la envoltura terrestre.

Así se nos conduce a la Tercera Noble Verdad, la cesación del dolor; y, naturalmente, el modo de escapar del dolor es rechazar y combatir este deseo inferior. Así, pues, Buda dice que si conseguimos fijar nuestros pensamientos en lo superior y aprender a separar nuestros deseos de los niveles inferiores, todo dolor cesará para nosotros, y disfrutaremos de calma y serenidad. Un hombre puede vivir muy felizmente en el mundo físico, con tal que no permita que el deseo le sujete al mismo. Contentaos con lo que tenéis, y tomad esta vida inferior con calma filosófica, y de esta suerte habrá cesado el dolor para vosotros.

Su Cuarta Noble Verdad nos expone el método por medio del cual esta carencia de deseo puede ser obtenida. El sendero para obtener esto, dice, contiene ocho etapas, por cuyo motivo en la literatura budista se habla constantemente de él como del “Noble Octuple Sendero”.

La primera de estas etapas afirma que es la Verdadera Fe; pero debemos poner sumo cuidado en no interpretarlo mal. El Budismo no exige ni consiente ninguna clase de fe ciega, pues, como hemos visto, una fe semejante está claramente excluida del mismo. El hombre no debe creer porque se le dice que tal o cual cosa es esencialmente razonable. Por otra parte, a menos de que esté seguro que ciertos principios generales son realmente auténticos, será poco probable que se preste a hacer el esfuerzo necesario para elevarse en el sendero de la evolución. La definición que hace Buda de la Verdadera Fe, es casi una exposición de los principios teosóficos; pues la fe que se exige, es aquella que consiste en creer en la eterna ley de justicia, o sea de causa y efecto, así como en la posibilidad de alcanzar la bienaventuranza eterna siguiendo el sendero de pureza y santidad. Estos postulados le conducirán a la

segunda etapa, que es Pensar Bien, y desde ésta pasa naturalmente a la tercera y cuarta, que son Hablar Bien y Obrar Bien. La quinta etapa, Medios Honestos de ganarse la subsistencia, es otra necesidad para el hombre que todavía ha de vivir en el mundo; y la piedra de toque por medio de la cual puede conocer si su modo de ganarse la vida es honesto, es que no debe causar daño a ningún ser viviente. La sexta de estas etapas está descrita como Resolución Sostenida, o Esfuerzo Sostenido. La palabra *Pâli* significa, además, fortaleza, y evidentemente la idea que encierra es que el hombre no debe concretarse simplemente a ser pasivamente bueno, sino que debe ejercitarse en ser útil a sus semejantes. La séptima etapa está traducida como Memoria Perfecta, y abarca la memoria y la disciplina personal; esto es: aquella memoria que recuerda al hombre todo cuanto ha hecho que está en pugna con la ley y la justicia., y de esta suerte le incita a que evite volver a caer en la misma falta. La última etapa es la Concentración Perfecta o Meditación, o sea el dominio perfecto del pensamiento y la dirección del mismo hacia la consecución de fines elevados y altruistas. Todas estas ocho etapas las considera Buda como necesarias para que el hombre, mientras vive en el mundo, pueda desprenderse por completo de su influencia y vivir sabia y felizmente. Para el hombre que vive la vida ordinaria se da también el *Pancha Sila*, o cinco mandamientos, de los cuales pronto me ocuparé.

LA ORDEN DEL MANTO AMARILLO

El Buda tiene además otras reglas para su *Sangha* –la Orden del Manto Amarillo-, los sostenedores del mundo, como frecuentemente se les llama. Este Sangha no es distinto, bajo muchos aspectos, de las órdenes monásticas cristianas. Lo mismo en el primero que en las segundas, los monjes hacen voto de observar una pobreza y castidad perfectas. Pero en la orden Budista existe la gran ventaja de que no se permite a nadie que tome el voto a perpetuidad, como se hace en las órdenes cristianas. Sabemos que no es una cosa rara en los países europeos que un hombre entre a formar parte de una corporación monástica bajo el influjo del entusiasmo religioso, o quizás, a veces, porque está disgustado del mundo, o a consecuencia de algún gran pesar. Mas tarde, cuando los primeros impulsos del entusiasmo religioso han pasado, descubre a veces que en realidad no siente ninguna vocación por la vida religiosa, de lo cual se derivan a menudo resultados funestos, puesto que ve que sus votos son irrevocables, y que ahora ningún cambio es posible para él. En el sistema budista este caso está sabiamente previsto. Cualquiera que con su método de vida haya demostrado ser apto para ser admitido, puede prepararse por medio de lo que se llama ordenación o admisión a la fraternidad de los monjes. Si

después de unos pocos meses o años, ve que no le es posible sujetarse por más tiempo a las excesivamente estrictas reglas de la vida monástica, entonces puede sin desdoro alguno abandonar el manto y volver de nuevo a la vida ordinaria del mundo. Nadie piensa mal de él en ningún sentido; ha tratado simplemente de vivir en un nivel para el cual no está todavía completamente preparado; necesita vivir algún tiempo más en el mundo para que pueda desarrollarse y alcanzar las condiciones necesarias; pero nadie le vitupera por esto. En Birmania, todos los hombres tienen la costumbre de vestirse el manto, a lo menos por un corto tiempo, en uno u otro período de su vida. Aquellos que sienten que esta clase de existencia es la que mejor se adapta con su modo de ser, se quedan en la orden y se convierten en miembros permanentes de ella. Otros abandonan sus mantos al cabo de un año poco más o menos de vida monástica, y vuelven a las filas de la vida ordinaria; pero no en peores, sino en mejores condiciones que antes, debido a la poca o mucha experiencia que han obtenido de algo más elevado.

Debe tenerse en cuenta, que el ser un gran instructor religioso en Oriente, no es en modo alguno lo mismo que ser el jefe de alguna gran doctrina aquí en Occidente. El instructor oriental no goza de las rentas de un príncipe, ni va en carruaje rodeado de un séquito parecido al de muchos monarcas. Precisamente porque los obispos y misioneros cristianos viven en medio del lujo y la ostentación, ningún oriental cree que ellos sean verdaderos instructores religiosos; pues en el Oriente, el instructor religioso, es aquel que consagra su vida entera a la más elevada espiritualidad, que observa la más absoluta pureza, que jamás recibe dinero por ningún concepto, y cuya principal regla de vida es que no debe poseer propiedad alguna, excepto el vestido que lleva, y aun este mismo vestido está confeccionado de modo que no tiene valor alguno si se vende.

Por otra parte, es tan grande la universal veneración que en el Oriente se siente por la vida espiritual, que el respeto que se tiene por el más inferior o más joven de estos instructores, es mucho mayor que el que se concede al rey. La veneración que se tiene a los Mantos Amarillos o monjes de Buda, es muy grande y sorprendente, y yo mismo he visto repetidas veces a los magnates más ricos e influyentes de la ciudad, levantarse respetuosamente y permanecer de pie, con la cabeza inclinada, en presencia hasta de un niño novicio, que hacía pocos momentos que por primera vez se había revestido con el hábito de la orden. En Ceilán se presta este mismo respetuoso homenaje a los Jefes hereditarios del pueblo, los descendientes de la antigua familia real. Tanto es así, que varias veces he visto a los transeúntes retirarse a un lado de la calle cuando se encontraba el Jefe, permaneciendo en actitud respetuosa hasta que había pasado. Sin embargo, estos mismo Jefes reunidos en solemne asamblea,

se ponen inmediatamente de pie al entrar siquiera sea el más joven de los miembros del Sangha, y permanecen en esta actitud hasta que se les invita a que se sienten. Con lo dicho se verá cuán grande es el respeto que en todo el mundo budista se tiene por el Manto Amarillo.

LA VIDA DEL MONJE

La vida de los monjes es de un desinterés y desprendimiento absolutos. No solamente no poseen ninguna clase de bienes temporales, sino que el alimento que se les da lo reciben sin elegirlo o pedirlo. Sus vidas están consagradas al estudio y a la meditación, aunque también se les exige que prediquen al pueblo en determinadas épocas. La principal festividad de los budistas se celebra el día del plenilunio, si bien sus demás cuartos o períodos se celebran también aunque con menos pompa, de modo que prácticamente visitan el templo un día por semana, como en nuestro país la gente va a la iglesia el domingo. Los monjes tienen también el deber de aconsejar y advertir a todos aquellos que a ellos se dirigen, y a leer, en determinadas ocasiones en público, lo que se le ha dado el nombre de *Ceremonia Pirit*, esto es, las palabras de consuelo y bendición, y además (cuando se les pide), deben hacer otro tanto en casas particulares cuando hay algún enfermo.

Los miembros del Sangha han sido frecuentemente descritos en libros de viajeros, y generalmente en la literatura que trata de este asunto como “sacerdotes budistas”; pero la verdad es que esta calificación es a la par impropia y errónea. Las ideas que en el Catolicismo y Judaísmo van envueltas con la palabra sacerdote, son completamente desconocidas en la enseñanza del Budismo, pues nada hay en éste que indique que pueda existir un intermediario entre el hombre y la ley de la Justicia Divina, ninguna alusión referente a que el hombre necesite que se haga por él lo que se supone que hace el sacerdote. Por lo tanto, cuando nos encontramos con la frase “un sacerdote budista”, no debemos perder de vista que se trata simplemente de un monje, de un hombre cuya vida está por completo consagrada a la religión. Se supone que su desarrollo le conduce fuera y más allá de las cosas de este mundo y a estados elevados acerca de los cuales he hablado en mis libros *Clarividencia* y *El Mas Allá de la Muerte*. Se supone que ha puesto definitivamente su pie en el Sendero de Santidad, el Sendero que le conduce al Nirvâna. En los últimos capítulos de *Protectores Invisibles* he expuesto detalladamente las etapas de este Sendero, así como las cualidades que el candidato debe desarrollar en cada una de ellas, por cuyo motivo no las repetiré aquí, si bien debo recomendar eficazmente su estudio a todos aquellos que deseen comprender el noble y elevado espíritu de esta gloriosa religión.

EL NIRVANA

Existe, además otro punto referente al Nirvâna, la meta de este Sendero, que no debo pasar en silencio, puesto que este asunto ha sido muy erróneamente interpretado. La descripción que el mismo Buda da del Nirvâna, está tan por encima de la comprensión del hombre, que sólo ha sido educado según el modo ordinario de pensar y sentir del mundo, que nada tiene de extraño que a primera vista haya sido mal comprendida por los orientistas europeos. Hasta Max Müller, el gran sanscritista de Oxford, sostuvo durante muchos años que el Nirvâna era simplemente el equivalente de la aniquilación, y desgraciadamente esta errónea interpretación parece haberse extendido amplia y rápidamente. En los últimos períodos de su vida, debido a un ulterior y más profundo estudio, llegó a comprender que se había equivocado. Verdaderamente, nadie que haya vivido en el Oriente entre budistas, puede ni por un momento suponer que considera la aniquilación como el fin que se esfuerzan por obtener. Es de todo punto innegable que la obtención del Nirvâna significa la completa aniquilación de la parte inferior del hombre, que es en verdad todo lo que de él conocemos en la actualidad. La personalidad y todo lo que está relacionado con los vehículos inferiores es transitorio y debe desaparecer. Si tratamos de formarnos una idea de lo que el hombre sería si careciese de todo lo que está incluido en estas palabras, veremos que para nosotros, en nuestro estado actual, nos sería muy difícil de comprender qué es lo que quedaría. Y, sin embargo, la verdad es que *todas las cosas* persisten; que en el glorificado espíritu que perdura, la esencia de todas las cualidades que han sido desarrolladas a través de siglos de luchas y fatigas en las encarnaciones terrestres, están presentes en el mayor grado de lucidez imaginable. El hombre se ha convertido en algo más que un hombre, puesto que ahora se halla en los mismos umbrales de la Divinidad, a pesar de lo cual continúa siendo siempre el mismo, si bien es un yo mucho más perfecto. Muchas han sido las definiciones que del Nirvâna se han dado, y, naturalmente, es muy posible que ninguna de ellas sea satisfactoria. Quizás la mejor de todas es la de la paz en la Omnisciencia. Hace muchos años, cuando yo estaba preparando un sencillo catecismo preliminar de su religión para niños budistas, el mismo Jefe Abbot Sumangala me dio como la mejor definición del Nirvâna que podía darles, la de ser una condición de paz y felicidad que estaba tan por encima de nuestro actual estado, que hacía completamente imposible para nosotros el poder comprenderla. Seguramente que esta definición está muy lejos de la idea de la aniquilación. Verdad es que todo aquello a lo que nosotros ahora llamamos el hombre ha desaparecido;

pero esto no quiere decir que la individualidad sea aniquilada, sino que se ha fundido en la Divinidad.

LOS RESULTADOS PRACTICOS

Ocupémonos ahora de nuestro tercer enunciado, y examinemos algo del lado práctico de esta gran religión tal como actualmente se la puede ver. Por lo que yo mismo he visto, debo confesar que obra en un sentido verdaderamente moralizador. Naturalmente, en todas partes existen hombres buenos y malos, y, por lo tanto, en Birmania y Ceilán, hay muchos budistas nominales, como hay cristianos nominales en Inglaterra. Sin embargo, las estadísticas demuestran de modo indubitable que la proporción de crímenes cometidos por el populacho es mucho menor entre los budistas de Ceilán que en ninguna de las naciones de Europa y América.

Una de las mayores razones que vienen en apoyo de esta verdad innegable, está en el hecho de que muchos de los crímenes que se cometen tienen por origen la embriaguez, y ésta está absolutamente prohibida por la religión budista. Este hecho constituye por sí solo una honrosa distinción para la vida de una nación. Desgraciadamente los europeos han introducido licores que producen la embriaguez entre los pueblos budistas, del mismo modo que lo han hecho en todas partes, pues esto es una característica de su llamada civilización. Así pues, aun entre los budistas se puede hallar de vez en cuando algún que otro individuo que viola los preceptos de su religión y bebe del licor prohibido; pero pronto se da cuenta del menosprecio que esto le acarrea, pues la opinión pública lo mira unánimemente como a un malhechor, del mismo modo que nosotros en los países occidentales aplicamos este término a un ladrón o al que comete actos de violencia. Supongo que al lector occidental le será difícil comprender de momento todas las consecuencias que de la ausencia de esta fatal costumbre se derivan en la vida de un pueblo.

Desearía que me fuese posible describir hasta qué punto esta antigua religión oriental compenetra la existencia diaria de aquellos que la profesan, a fin de que pudieseis tener ante vuestra vista un cuadro perfecto de esta admirable vida oriental y para que pudieseis sentir la fascinación de la atmósfera de Oriente, que es tan completamente distinta a todo cuanto se puede sentir en todos los demás países. El modo de apreciar la religión en el Oriente es tan por completo opuesto al nuestro, que al hombre que no conoce la religión oriental ni ha vivido en medio de ella, difícilmente será posible comprenderle. Aquí en Occidente existen diversas sectas, y no es raro ver que algunos individuos defienden con saña y fanatismo los dogmas de su secta particular, al paso que combaten los dogmas de todas las demás, a pesar de lo

cual, en la mayor parte de los casos, esta profesión de fe religiosa se la reserva exclusivamente para los domingos, y no tiene prácticamente influencia alguna sobre la vida diaria del hombre durante el resto de la semana. En el Oriente sucede todo lo contrario, pues el modo de pensar del hombre acerca de este punto, es totalmente distinto. Allí cada cual tiene sus convicciones religiosas, y todos observan la más perfecta tolerancia para con las convicciones de los demás. El musulmán es, en realidad, casi tan fanático como el cristiano, al paso que el brahmanista y el budista están siempre prontos para admitir que aquellos que no tienen sus creencias, pueden sin embargo hallarse en el camino que conduce a la luz, y dicen constantemente que si aun el más ignorante incrédulo cumple con su deber según sus luces durante esta vida, en la próxima encarnación tendrá con toda seguridad mayores oportunidades para aprender algo más de la verdad que lo que sabe al presente, y que de esta suerte alcanzará finalmente su meta tan seguramente como ellos.

Hasta el intolerante musulmán es muy distinto del cristiano ordinario, pues a lo menos su religión es para él una cosa excesivamente vívida y real, y, tal como ella es, compenetra su vida entera, y es para él la cosa más grande y querida de la misma. Todos aquellos que han viajado por el Oriente habrán notado que en el momento en que la voz desde el minarete de la mezquita anuncia la hora de la oración, todo musulmán, al oírla, sea cual fuere la cosa en que esté ocupado, y por numerosas que sean las personas que le rodean, se detiene al momento, saca su tapiz, lo extiende ante sí y se postra de rodillas murmurando sus oraciones. ¿Cuántos de nuestros cristianos ordinarios encontraríamos que cuando se hallan engolfados en medio de sus tráficos y negocios los abandonarían voluntariamente tres veces al día, y que confesasen sus creencias a la faz del mundo por medio de actos de adoración ejecutados en las calles públicas? Lo mismo se puede decir del budista; a pesar de que no observa este culto público, su religión compenetra su vida entera, como sucede en la Iglesia Católica Romana con algunos pocos de sus fieles más sinceramente religiosos. En estos países, la mayor parte de nosotros parece que tenemos nuestra religión y nuestros asuntos relacionados con la vida diaria en dos compartimentos impermeables, de modo que no pueden tener ninguna relación entre sí. Para el budista este modo de obrar es incomprensible y poco sincero, pues para él la religión lo es todo, y aunque a veces en la vida diaria puede apartarse de sus preceptos, reconoce más tarde con dolor que ha obrado mal, pues jamás intenta justificarse alegando el interés del negocio, como la gente hace tan frecuentemente entre nosotros.

EL BUDISMO EN BIRMANIA

La mejor y más perfecta exposición que he leído del efecto práctico producido por la religión sobre sus fieles se halla contenida en *El Alma de un Pueblo*, por H. Fielding. Es en verdad consolador hallar un escritor que tan justa y exactamente conozca y aprecie un credo que no es el suyo, que tan a la perfección haya comprendido el espíritu del Budismo tal como vive en el corazón del pueblo. Este escritor nos dice que bajo su benéfico influjo “los birmanos son una comunidad de iguales en un sentido que probablemente jamás ha sido conocido en ninguna otra parte”. Nos hace una exacta pintura del celo y solicitud desplegado por los monjes, y describe que en el período de la guerra birmana, mientras el país estaba en lucha, ellos “desempeñaban su misión con la misma calma y serenidad de siempre, predicando la paz, no la guerra; el amor, no el odio; el perdón, no la venganza”. La diferencia que existe entre el budismo y nuestra moderna teología occidental fue puesta gráficamente de relieve por un oficial de caballería inglés, quien decía que el budismo jamás convendría a un hombre de su profesión. “Lo que el soldado necesita, -decía-, es un dios personal que se preste siempre a darle la razón, que participe siempre de sus opiniones, y que le proteja contra todos sus enemigos. Pero una ley que enseña constantemente que el bien es siempre bien, y que el mal es siempre mal, que nada puede cambiar el uno en el otro, y que nada puede hacer el homicidio legal ni la violencia honrada, éste no es un credo propio ni conveniente para un soldado”.

Evidentemente Mr. Fielding siente con gran viveza el encanto de una religión que es compatible con el sentido común, y que reconoce la unidad de la naturaleza y de la vida divina que yace oculta en ella. En otro pasaje de su ameno libro establece la diferencia que existe entre la desconsoladora petrificación de las modernas teologías, y la ficción y viviente belleza del verdadero conocimiento:

“Hasta aquí el conocimiento sólo nos ha traído la muerte. Más adelante nos traerá una nueva vida. Pero por el momento todo es confusión y oscuridad. Porque hemos perdido nuestra fe en las hadas, porque ahora no creemos que existan duendes en nuestras cavernas, porque no existe espíritu en el viento ni voz en el trueno, nos hemos llegado a convencer de que los árboles y las rocas, las flores y las tempestades, son todas cosas muertas. Nosotros, decimos que están formadas de materiales que ya conocemos, que están gobernados por leyes que hemos descubierto, y que no existe vida alguna en la naturaleza. Para el budista, así como para el griego en la antigüedad, toda la Naturaleza es una cosa viviente”.

LA OFRENDA EN EL TEMPLO

Veamos ahora lo que son los preceptos especiales o mandamientos de esta religión, que el hombre debe observar en la vida común. Ya hemos hablado antes del *Pancha Sila*, o cinco mandamientos; pero la verdad es que, a pesar de que son evidentemente de un alcance mucho mayor que nuestro decálogo, no son, después de todo, realmente mandamientos. Cada uno de ellos, es no una orden, sino una afirmación. Su forma no es un mandato venido de lo alto. “Tú no harás esto”, sino que es una afirmación hecha por el hombre. “Yo observaré esta enseñanza para evitar este pecado”. Como hemos dicho, el budista, visita el templo a lo menos una vez por semana, pero muchos de ingenian para poderlo visitar cada día, siquiera no sea más que por algunos minutos. Sin embargo, no van nunca con las manos vacías, pues cada devoto trae consigo una flor, o a veces un ramo de flores, que deposita sobre el altar de Buda acompañadas de algunas palabras de amor y gratitud.

Deseando comprender el pensamiento de los sencillos campesinos que diariamente ejecutan esta ceremonia, frecuentemente preguntaba a alguno de ellos, por medio de un intérprete: “¿Por qué ofrecéis estas flores a Buda? ¿Creéis acaso que esto le agrada?” El interrogado respondía invariablemente mirándome con sorpresa: “¿Cómo ha de gustarle esto desde el momento que hace dos mil cuatrocientos cincuenta años que entró en Nirvâna?” Si yo insistía acerca del por qué eran las flores ofrecidas, la respuesta era siempre: “Nosotros las ofrecemos por gratitud a la memoria del Fundador de nuestra religión que nos ha enseñado el modo de escapar de la rueda del nacimiento y de la muerte, y las depositamos ante su imagen a fin de que nuestras almas sean tan puras como la flor, y para que como ella derramen un suave perfume en torno nuestro”. Hasta la misma palabra altar es quizás engañosa, pues el budista no tiene idea alguna de lo que nosotros queremos dar a entender cuando hablamos de la ofrenda, del sacrificio o del culto. Para él, el Señor Buda no es en ningún sentido un dios, sino un hombre exactamente igual a nosotros mismos, aunque infinitamente más avanzado, el cual en manera alguna debe ser adorado, sino sólo profundamente reverenciado y amado.

Esta gran religión, puede, cuando menos, vanagloriarse de que jamás, durante su historia, han sido sus altares manchados con sangre; jamás ha descendido el budismo, ni una vez siquiera, al nivel de perseguir, a través de los siglos que han pasado, a aquellos que no participaban de sus doctrinas. Es en absoluto la única gran religión del mundo que puede ostentar la honrosa distinción de que jamás ha perseguido a nadie. Durante dos mil cuatrocientos cincuenta años, ha hecho su curso sin derramar una sola gota de sangre en su marcha progresiva, sin haber hecho exhalar un solo gemido durante su

dilatada existencia. Jamás ha engañado al pueblo, jamás ha practicado fraudes piadosos, jamás ha puesto obstáculos a la literatura, jamás ha apelado al prejuicio, jamás ha empleado la espada. Si esto pudiera decirse siquiera no fuese más que de una reducida y oscura secta, aun así sería un título de gloria para ella; pero cuando vemos el inmenso perímetro que esta maravillosa religión abarca, y el número de razas que viven bajo sus leyes, entonces es, sin duda alguna, un hecho sorprendente.

Como Sir Edwin Arnold hace notar: “Cuatrocientos setenta millones de seres humanos viven y mueren en los dogmas de Gautama; y los dominios espirituales de este antiguo instructor se extienden actualmente sobre Nepal y Ceilán, sobre toda la Península Oriental de la China, Japón, Tibet, Asia Central, Siberia, y hasta la Laponia sueca. La misma India puede igualmente ser incluida en este magnífico imperio de la fe, pues, aunque el budismo ha desaparecido en su mayor parte del suelo que lo vio nacer, el sello de las sublimes enseñanzas de Gautama está estampado de un modo indeleble sobre el moderno Brahmanismo, y las más caracterizadas costumbres y creencias de los hindúes, son evidentemente debidas a la benéfica influencia de los preceptos budistas. Así, pues, más de una tercera parte de la humanidad debe sus ideas morales y religiosas a este ilustre Príncipe. Multitud de flores se depositan diariamente sobre su tumba inmaculada, e innumerables millones de labios repiten cada día la fórmula: “Yo me refugio en Buda”.

LOS TRES GUIAS

Estas palabras son una traducción, aunque no completamente fiel, de las primeras palabras del *Tisarana*, la recitación de las cuales, junto con los cinco preceptos, constituyen la única fórmula pública empleada por la Iglesia Budista del Sur. La palabra *Saranam*, que tan frecuentemente ha sido traducida por “refugio”, parece que significa más propiamente “un guía”; de modo que la triple fórmula que todo budista repite cuando visita el templo, se podría realmente traducir así:

Yo tomo al Señor Buda como a mi guía.

Yo tomo a su Ley como a mi guía.

Yo tomo a su Orden como a mi guía.

La palabra *Dharma*, que ordinariamente se traduce por “ley”, tiene, en realidad, un significado mucho más amplio que el que entraña este término. No es en manera alguna una ley o serie de mandamientos ordenados por Buda, sino simplemente la exposición de las leyes universales bajo las cuales el

Universo existe, y por lo tanto, de los deberes del hombre como parte que es de este gran esquema. En este sentido empleaba el budista las expresiones citadas más arriba. Al pronunciar el Tisarana da a entender simplemente que acepta al Señor Buda como a su guía e instructor; da a entender su conformidad con la doctrina que Buda enseñó, y su aceptación y reconocimiento de la gran orden de monjes budistas como intérpretes autorizados del significado y alcance de esta doctrina. Esto, en modo alguno implica la aceptación de la interpretación de un determinado monje, sino sólo la de la orden en el más católico sentido; pues la interpretación a que da crédito es aquella que en todos los tiempos y lugares ha sido constantemente sostenida y afirmada por la Fraternidad como un todo

LOS CINCO PRECEPTOS

Después de esta profesión de fe sigue la recitación de los cinco preceptos de que ya hemos hecho mención, a los cuales, para abreviar, se les da en Ceilán el nombre de *Pansil*. Estos preceptos son los siguientes:

1. Yo observo el precepto de abstenerme de destruir la vida.
2. Yo observo el precepto de abstenerme de tomar aquello que no es mío.
3. Yo observo el precepto de abstenerme de tener relaciones ilícitas.
4. Yo observo el precepto de abstenerme de mentir.
5. Yo observo el precepto de abstenerme de usar licores que embriagan o drogas que embrutecen.

Ninguna persona inteligente dejará de comprender al momento que, como dice el Coronel Ocott: “Aquel que observa estrictamente estos preceptos, debe necesariamente escapar de todas las causas productoras de las miserias humanas, pues si estudiamos la historia, veremos que todas ellas han tenido por origen una u otra de estas causas. La previsoría sabiduría de Buda se halla más claramente patentizada en el primero, tercero y quinto de ellos, pues el destruir la vida, la sensualidad y el uso de licores que producen la embriaguez, son la causa a lo menos del noventa y cinco por ciento de los sufrimientos humanos”. Es interesante observar que cada uno de estos preceptos va claramente más allá que su correspondiente mandamiento judío. En vez de decir simplemente no matarás, vemos que va envuelta la idea de que no se debe destruir vida alguna; en vez de decir no robarás, tenemos el precepto de un mucho mayor alcance que nos indica que no debemos tomar aquello que no nos pertenece, el cual envuelve evidentemente la aceptación de elogios y alabanzas que en justicia no se nos deben, así como muchas otras

cosas que son completamente distintas de lo que comúnmente llamamos robo. Se puede observar, además, que el tercero de estos preceptos abarca mucho más que el séptimo de los mandamientos de Moisés, pues no sólo prohíbe una clase especial de relaciones ilícitas, sino todas en general. En vez de prohibirse sólo levantar falsos testimonios ante un tribunal, se nos prescribe que debemos evitar la mentira de una manera absoluta. Muchas veces he pensado que habría sido un gran bien para todas las naciones europeas que han abrazado las enseñanzas de Cristo, que el fabuloso Moisés hubiese incluido en su decálogo el quinto de los preceptos de Buda, esto es, la prohibición de usar licores que embriagan y drogas que embrutecen. ¡Con cuánta mayor facilidad se resolverían todas nuestras más arduas cuestiones, si este mandamiento fuese observado en Inglaterra y América, como lo es en los países budistas!

La simple recitación del *Tisarana* y del *Pancha Sita* que acabo de describir, es lo que más se aproxima del Budismo del Sur a lo que nosotros llamaríamos culto público. Los monjes predicán, además, una vez por semana, siendo escuchados atenta y religiosamente por una inmensa multitud de fieles. Comúnmente, existe contiguo a cada uno de los templos, un gran local destinado a pláticas; pero generalmente sólo se usa cuando el tiempo está lluvioso; mas cuando el día es espléndido, el sermón o plática es pronunciado al aire libre, en medio de la arboleda de palmeras que existe junto al templo. Estos sermones son generalmente muy extensos, y a veces se prolongan hasta la noche, en cuyo caso diferentes monjes se relevan entre sí, tomando la palabra por turno. Creo que apenas si os será posible, a vosotros que no vivís en estos climas templados, el poder os formar una idea de la apacible y casi sobrenatural belleza de semejante escena. La esplendorosa luz de la luna tropical, a cuyo brillo puede uno leer cómodamente los caracteres de un periódico, se derrama sobre la abigarrada multitud, mezclada con las sombras de las graciosas ondulaciones de las hojas de las palmeras, y sentado en el centro se ve al monje del manto amarillo dirigiendo con abundancia de datos su sencillo y llano discurso a los lugareños. Generalmente recita alguna historia o parábola de los libros sagrados, y luego pasa a explicarla. En Ceilán existe una antigua y curiosa costumbre de la que muchas veces he sido testigo, la cual consiste en que uno de los monjes predica en Páli, la lengua sagrada, después de lo cual pasa otro monje a explicar sentencia por sentencia lo que el primero ha dicho, en cingalés, que es la lengua vulgar. Esto es evidentemente una reliquia o recuerdo de hace más de dos mil años, cuando el Budismo fue predicado en Ceilán por los misioneros de la India del Norte, cuya lengua madre era el pâli. El hecho que esta costumbre haya sido conservada, es un muy curioso ejemplo del espíritu de conservación del Oriente inmemorial.

EL CANTICO DE LAS BENDICIONES

La Iglesia del Sur celebra otra ceremonia, que consiste en recitar los versículos del *Paritta*, o bendición a la cual nos hemos ya referido anteriormente. Esta ceremonia, es de una naturaleza tan interesante, que bien merece que nos ocupemos de ella con algún detenimiento. Como su nombre indica, es sencillamente en esencia una recitación de bendiciones e invocaciones para defenderse de las malas influencias; es el cántico de aquellos versículos de los libros sagrados de los budistas en los cuales el Buda declara qué clase de bendición sigue a ciertas acciones, y también de ciertos himnos de los mismos libros invocando la benévola asistencia del dios sol, así como de los Arhats y Budas. El principal de estos últimos es el magnífico himno del pavo real de las fábulas de Jâtaka. Los *Pirit*, versículos, son cantados por los monjes budistas en diversas ocasiones, así de pesar como de regocijo. Podemos dividir, grosso modo, estas ocasiones en dos clases: públicas y privadas. El ejemplo más común de esta última clase tiene lugar en casos de enfermedad grave, o cuando se conjetura que la muerte está cercana, en cuyos momentos se llama frecuentemente a uno o dos monjes del templo más cercano para que canten estos versículos de bendición al lado de la cama del paciente, conservando mientras tanto fijo en su mente el más ardiente deseo de que el enfermo recobre su salud, o, si se considera que esto no es posible, para que su condición después de la muerte sea todo lo feliz posible. Los monjes no “ruegan” por el enfermo en el sentido que nosotros damos a esta palabra, pues esto no forma parte de su credo. Se concretan simplemente a cantar sus versículos teniendo constantemente fija en su mente la idea de ayudar al paciente y de rechazar cualquier mala influencia.

Por supuesto, a estos monjes no se les da remuneración alguna, pues sus reglas les prohíben aceptar dinero bajo ningún concepto. Sin embargo, se les puede ofrecer algún alimento si la ceremonia se ha verificado por la mañana; pero después del mediodía ni aun esto pueden aceptar, pues pasada esa hora no toman alimento alguno.

La ceremonia pública es un acto más importante y dura mucho más tiempo. Generalmente se verifica durante alguna festividad, como por ejemplo, en la solemnidad de la consagración de un templo. En tales ocasiones, sólo las festividades y procesiones duran a veces por espacio de una semana y hasta quince días, y durante todo este tiempo la recitación del *Pirit* es continua. Como sucede en algunas iglesias y conventos, existe una “Cofradía de Adoración Perpetua”, cuyos miembros se relevan entre sí en velas regulares a fin de conservar noche y día un no interrumpido culto ante el altar, de modo que, desde el principio hasta el fin de esta festividad budista, el

monótono canto de las recitaciones de los libros sagrados es incesante. Existe, adherido a la mayor parte de los templos, un *Bharmasalawa* o local destinado a conferencias y sermones, y en este sitio es en donde se canta el *Pirit*. Este local es tan completamente distinto de los similares que para este mismo objeto se emplean en Occidente, que quizás su descripción no será del todo inútil. Sus dimensiones varían según sean los medios de que disponga el constructor; pero su forma es invariablemente cuadrada. El elevado techo está sostenido simplemente por columnas, y no contiene paredes de ninguna clase, así como tampoco contiene asientos, pues el pueblo se acomoda sobre ruedos o esterillas que coloca sobre el pavimento. En el centro se levanta una gran tablado cuadrado con sus correspondientes columnas en cada uno de sus ángulos, con una pequeña baranda que lo circunda, y en torno de ésta, y dentro de su perímetro, hay un pequeño asiento –a menudo apenas si llega a tener más de un pie- sobre el cual (de cara hacia dentro) se sientan los miembros del *Sangha* u orden monástica, mientras uno de sus individuos se dirige al pueblo, que, como se verá, está así, no reunido sólo al frente del orador, como generalmente sucede en Occidente, sino rodeándolo por todos lados. Sobre el tablado, en el espacio cuadrado formado por los monjes, hay comúnmente una pequeña mesa que contiene algunas flores, o a veces una reliquia, si por acaso el templo posee alguna.

En las localidades en donde no existe ningún edificio de esta clase, se construye uno provisionalmente para mientras dura la festividad, pero siempre exactamente bajo el mismo plan, y el extranjero queda sorprendido al ver la solidez de estas provisionales construcciones de bambú, hojas de palmera y papel de color, levantadas por las hábiles manos de los operarios del país.

En estos locales, sean permanentes o provisionales, es, pues, en donde tiene lugar la constante y continua recitación del *Pirit*, y en donde se reúne por tres veces al día toda la corporación de monjes disponible para cantar el más imponente *Maha Pirit*, una interesante ceremonia mesmérica que merece especial atención. Desde luego, debe hacerse observar que antes de principiar la ceremonia se ha colocado en el centro del tablado un gran recipiente de agua cuidadosamente tapado, y se han enrollado numerosos hilos o cordones desde una a otra columna, conduciéndolos hacia arriba hasta hacerlos pasar por encima de las cabezas de los monjes a medida que van sentándose, siendo puesto este conjunto de hilos en contacto con el recipiente de agua que está en el centro a lo largo de distintas líneas convergentes. En el momento que se va a proceder a la ceremonia del *Maha Pirit*, cuando todos los monjes están sentados formando un cuadro como se ha descrito más arriba, se toma un rollo de cuerda, aproximadamente del grueso de las que se usan para poner la ropa a secar, que se coloca entre las rodillas de los monjes, los cuales la sostienen

con sus manos mientras dura la ceremonia, estableciendo de este modo un lazo de unión entre sí, semejante al que se establece en el círculo que se forma en una sesión espiritista. Después que la cuerda ha sido puesta en contacto con todos los monjes que forman el cuadro, se une uno de sus extremos con los hilos o cordones de arriba, de modo que todo el conjunto converja sobre el recipiente del centro.

Hecho esto, principia el *Maha Pirit*, y toda la corporación de monjes, unidas sus mentes por el deseo de hacer el bien, recitan durante unos cuarenta minutos una serie de bendiciones sacadas de los libros sagrados. Como que esta ceremonia es ejecutada tres veces diariamente durante siete días, y la influencia es acumulada durante este intervalo por el canto incesante del *Pirit* ordinario, el estudiante de mesmerismo no hallará dificultad alguna en comprender que al cabo de este espacio de tiempo, la cuerda, los hilos que están unidos a ella y el recipiente con agua del centro del cuadro, estén todos completamente magnetizados.

El último día tiene lugar el coronamiento de la fiesta; esto es, la distribución del agua mesmerizada. Primero suben al tablado los hombres principales y los forasteros distinguidos, y entonces el jefe de los monjes pronuncia una fórmula de bendición y vierte por tres veces algunas gotas del agua mencionada en las abiertas palmas de sus manos, mientras ellos se inclinan respetuosamente. Después de la bendición cada uno de ellos bebe un poco de esta agua, y luego aplica el resto a su frente. Esta ceremonia recuerda en su conjunto de una manera asaz sugestiva al espíritu occidental, una combinación de dos bien conocidos ritos cristianos.

El agua restante es después colocada en pequeños vasos y distribuida por los auxiliares o dependientes entre la multitud, recibéndola todos del mismo modo. El hilo mesmerizado se corta en pedazos y se distribuye entre el pueblo, que lo lleva enrollado en los brazos o colgado del cuello como un talismán.

No es raro que se aten hilos especiales al cuadro formado, los cuales penden de la parte exterior del tablado, a fin de que si hay alguien que padezca calenturas, reumatismo o otra dolencia cualquiera, pueda coger sus extremos durante el canto del *Maha Pirit*, resultando, al parecer, con frecuencia de ello, que el paciente siente alivio al recibir la batería mesmérica. Esta última parte de la ceremonia la practica cuando menos la Iglesia Budista del Sur, y creo que todos debemos convenir en que es muy beneficiosa e interesante.

LAS DOS IGLESIAS

La gran Iglesia Budista del Norte practica un número mucho mayor de ceremonias públicas; pero como no poseo ninguna experiencia personal acerca de ellas, no quiero repetir lo que por vosotros mismos podéis leer en cualquier libro que trate de este asunto. Recordaréis que al hablaros del Cristianismo dejé sentado que en el decurso del tiempo cada religión se separó inevitablemente algo de las primitivas enseñanzas dadas por su fundador. Esto ha sucedido en el Budismo en proporciones mucho menores que en cualquiera de las demás grandes religiones del mundo, a pesar de lo cual es indudable que en el transcurso del tiempo la doctrina ha sufrido sensibles variaciones. Es bastante curioso el observar que las dos iglesias han variado en un sentido diametralmente opuesto. La Iglesia del Norte ha añadido bastante a la doctrina, al paso que la Iglesia del Sur, en su celo por conservar su pureza, y para evitar adiciones, ha perdido algo de su primitivo vigor. La Iglesia del Norte se desarrolló principalmente entre las tribus menos civilizadas del Asia Central, y ha sufrido la influencia de los restos del culto primitivo de los naturales del país. Si uno lee cualquiera de los relatos más dignos de fe que se ocupan del Budismo del Tibet, al momento notará que existe involucrada en él una gran parte del culto primitivo de los naturales. Se ven aparecer deidades desconocidas, muchas de las cuales son de una naturaleza dañina y exigen sacrificios, al mismo tiempo que muchas de las órdenes y jerarquías de Devas y otras entidades, han tomado un carácter tétrico, y son considerados en general como potencialmente malos. Sin embargo, algo a lo menos de la más elevada metafísica se ve claramente es conservado, como, por ejemplo, el *Amitabha* y *Avalokiteshvara* de su sistema, que corresponde exactamente con *Parabrahm* (el inmanifestado) y con *Ishvara* (el Logos manifestado) entre los hindúes.

La Iglesia del Sur, por otra parte, ha rechazado casi por completo toda clase de adiciones. En Birmania, aunque en algunos de sus grandes templos se pueden ver centenares de imágenes, todas ellas son, sin embargo, imágenes de Buda en distintas actitudes. Verdad es que en Ceilán pueden verse a menudo imágenes de deidades hindúes, de Vishnu y de Subramani Yyer, debido esto probablemente a una concesión hecha a las creencias hinduístas de los últimos tamiles, gobernadores de Ceilán; pero así y todo, estas imágenes son siempre representadas como inferiores a Buda, y como obrando bajo sus órdenes. La Iglesia del Sur ha olvidado en parte la metafísica elevada, y en la actualidad no concede una gran importancia al *Abhidhamma Pitaka*, en el cual están contenidas todas las más elevadas enseñanzas filosóficas, a pesar de lo cual estudia asiduamente los libros que tratan de las reglas que deben observarse en

la vida diaria, así como los que prescriben la regla de vida que deben observar los monjes. Su tendencia ha sido, sobre todo, marcadamente materialista, y se ha adherido de una manera tan exclusiva a los textos en los cuales Buda combate la idea de la persistencia de nuestra presente personalidad, que prácticamente ha concluido por negar en absoluto la positiva supervivencia del alma, de suerte que casi todos los monjes de la Iglesia del Sur, si se les preguntase acerca de la inmortalidad del alma, negarían sin vacilar que el Budismo sostenga semejante doctrina, y procederían a explicar detalladamente que todo lo que nosotros entendemos comúnmente por alma del hombre, esto es, sus pensamientos, sus inclinaciones, sus sentimientos, y, en fin, todo lo que le hace un individuo aparte de los demás, todas estas cosas, nos dirán, son transitorias y no subsisten al fin del ciclo de encarnaciones. Si se insistiese y se les preguntase qué es lo que pasa de una a otra vida, responderán confidencialmente que lo que pasa es el Karma del hombre, esto es, el resultado de sus pensamientos y acciones; pero que la persona que en la próxima vida goza o sufre los resultados de la vida presente, es completamente distinta del hombre que vive ahora. Esto es, por supuesto, rigurosamente exacto si comprendemos el significado técnico de la palabra “persona”; pero el monje ordinario no hace semejante distinción, pues está tan hondamente preocupado en rechazar la para él fantástica idea de la personal inmortalidad de Juan Pérez o de Tomás García, que pasa al extremo opuesto y prácticamente niega en absoluto la inmortalidad. A pesar de esto, en cada expresión de su vida diaria demuestra que éste no es en realidad su verdadero significado, pues habla constantemente de algún dolor que sufre a consecuencia de algún acto realizado en anteriores vidas, y todos los sermones budistas concluyen con la bendición o deseo piadoso dirigido a los reunidos: “Todos podéis alcanzar Nirvâna”. Efectivamente, todo el mundo está conforme en que el Nirvâna será obtenido; pero esto sólo después de muchas vidas de haberse esforzado el aspirante en alcanzar la perfección, pues ésta es de todo punto indispensable para la supervivencia del ego individual.

EL EGO PERMANENTE

La idea de que el Buda predicaba la no existencia del yo, se apoya principalmente en algunos libros de fecha posterior no canónicos, tales como *Las Preguntas del Rey Milinda*. Esta idea se basa principalmente en algunas respuestas que el Buda da al ser interrogado acerca del yo y del no-yo, las cuales están exactamente contenidas del mismo modo en los *Upanishads*. El Buda nos dice claramente que ni la forma, ni las sensaciones, ni las percepciones, ni las impresiones, ni la mente son el yo; pero en modo alguno

dice que el yo no existe, sino sólo que el cuerpo y todas las demás posesiones que generalmente se confunden con el yo, no lo son en realidad. Dice que el yo es algo que se halla muy por encima de todas estas cosas, y afirma que cuando el yo se reconoce como distinto de todo lo que le rodea, y se despoja de toda afección, por la ausencia de esta afección se hace libre. Esta afirmación parece que decide de una manera concluyente la existencia de un yo permanente, puesto que si el yo no existe, ¿qué es, pues, lo que logra hacerse libre? Nuestras mentes occidentales, extrañas por completo a las concepciones de los hindúes, a quienes el Buda dirigía sus sermones, sólo ven la aniquilación ante sí cuando oyen afirmar que hasta la razón no es el yo. Pocos son los que pueden comprender que la mente y la razón, y hasta mucho que está tras ellas, por sublimes que sean, no son más que meros vehículos compuestos de materia. El verdadero yo las trasciende todas, y en las enseñanzas directas de Buda podemos hallar abundantes datos que contradicen la teoría de que negaba este ego tutelar. Permitidme que cite aquí, siquiera no sea más que un solo ejemplo del *Samannaphala Sutta* del *Digha Nikâya*. Después de mencionar las condiciones y la educación que son indispensables a la mente para conseguir el progreso espiritual, el Buda describe de qué modo puede un hombre recobrar la memoria de sus vidas pasadas, y de qué modo ve él pasar sucesivamente antes sus ojos todas las escenas en las cuales estuvo interesado. Para hacer más comprensible su idea dice: “Si un hombre sale de su pueblo para ir a otro, y luego a otro, y desde este último vuelve de nuevo al suyo, puede pensar: Es indudable que yo fui desde mi pueblo a aquel otro. Allí estuve en esta posición, sentado de esta manera, hablando de este modo, y guardando silencio de este otro. Desde este pueblo fui a otro, y allí hice lo mismo. De igual modo he vuelto desde este último pueblo al mío. De la propia suerte, oh Rey, el asceta, cuando su mente es pura, conoce sus anteriores nacimientos, pues piensa: En tal lugar llevé tal nombre, nací en tal familia, en tal casta, comía esto, experimentaba placer o dolor en tal o cual circunstancia, y pasé mi vida en distintos sitios, en cada uno de los cuales estuve en tales o cuales condiciones. Así, pues, aunque cambiado, del mismo modo he nacido ‘Yo’ ahora aquí”.

Esta cita demuestra bien claramente la enseñanza del Buda con respecto al ego que se reencarna. En el mismo *Sutta* describe en florido estilo de qué modo el asceta puede conocer los nacimientos de los demás, y verlos morir en un sitio dado, así como puede también ver los sufrimientos del infierno y los goces del cielo de esos mismos hombres nacidos en cualquier parte. Verdad es que en el *Brahmajala Sutta* menciona todos los diversos aspectos del alma, y dice que estos aspectos no existen en sentido *absoluto*, puesto que su existencia depende del *contacto*, esto es, de la relación. Pero al negar la

absoluta realidad del alma está por completo de acuerdo con los demás grandes instructores hindúes, pues no sólo la existencia del alma, sino hasta la del mismo Logos, sólo es en verdad relativa. Los espíritus poco cultivados interpretan con frecuencia erróneamente estas ideas; pero el estudiante asiduo del pensamiento oriental no dejará de comprender su significado exacto, así como que las enseñanzas del Buda relativas a este asunto son exactamente iguales a las que ahora da la Teosofía.

LA TEOSOFIA Y LAS RELIGIONES

Desde luego, comprenderéis que sólo me ha sido dable presentaros un muy sencillo bosquejo de este magnífico sistema, a pesar de lo cual espero que lo que llevo dicho será suficiente para daros siquiera no sea más que una ligera idea de otra de las grandes religiones existentes en el mundo, y que bastará para demostraros que, no obstante lo mucho que su forma externa difiere de la nuestra, y a pesar de lo muy distinto que es del nuestro el ambiente en el cual florece, no es, después de todo, más que otra exposición de la magnífica Verdad que yace igualmente oculta en todas las religiones. Al tratar de explicar la Teosofía nos hemos hallado frecuentemente con la objeción de que es idéntica al Hinduísmo o al Budismo, y que es simplemente una tentativa hecha con el objeto de propagar una u otra de estas religiones aquí en Occidente. Sólo por medio de una asidua y paciente explicación nos es dable demostrar que por medio de la Teosofía no tratamos de propagar religión alguna, sino más bien descubrir la antigua sabiduría que yace oculta en todas ellas. Para muchos espíritus occidentales las enseñanzas de la Teosofía tienen, al parecer, bastante semejanza con las religiones orientales, porque, efectivamente, estas religiones han conservado en sus credos populares una mayor parte de las grandes verdades de la naturaleza, que la que ha conservado la fe ortodoxa que comúnmente se enseña en Europa. Por lo tanto, algunas de las primeras ideas que el teosofista adquiere del estudio de nuestra literatura, le recuerdan probable y naturalmente lo que ha oído acerca de estos grandes sistemas orientales. En cierto sentido, semejante objeción es justa, pues la Teosofía es idéntica al Budismo y al Hinduísmo *esotéricos*; pero del mismo modo es idéntica también al Zoroastrismo, Islamismo y Cristianismo *esotéricos*, como lo ha demostrado palpablemente Mrs. Besant con respecto a este último en su admirable libro que lleva este título.

No es sólo aquí donde se ha hecho semejante objeción contra la enseñanza teosófica. En la India ha habido también personas que han interpretado erróneamente la Teosofía en un sentido muy parecido. Debido a que los fundadores de la Sociedad, y algunos de sus miembros y trabajadores

más distinguidos, pertenecen a la religión budista, estas personas han insinuado la idea de que toda la obra de la Sociedad se reduce a la propagación del Budismo, y esto ha producido cierta vacilación en un determinado número de hindúes que estaban prontos para engrosar sus filas. En Ceilán, y otras comarcas budistas, esta mala interpretación ha tomado una opuesta dirección, pues algunos budistas, cuyo celo cegó su discreción y conocimiento, acusaron a algunos de nuestros jefes teósofos de favorecer indebidamente la fe de nuestros hermanos hindúes. El hecho mismo de que existan semejantes opiniones contradictorias debe demostrar en dónde está la Verdad a los que tienen ojos para ver, a aquellos cuyas mentes son bastante amplias, y cuya voluntad es bastante enérgica para permanecer firmes sobre el verdadero plano teosófico.

EL OBJETIVO TEOSOFICO

La divisa de nuestra Sociedad es: “No hay religión más elevada que la Verdad”, y como cuerpo no tiene ninguna creencia o dogma especial. A nadie que desee formar parte de ella se le exige que cambie de creencias, ni siquiera se le pregunta cuáles son éstas. Entre nuestros miembros hay hinduístas, budistas, parsis, musulmanes, judíos y cristianos, y cada uno es completamente libre de procurar obtener las más elevadas verdades a través de las líneas de pensamiento que le son más familiares. Existen individuos en nuestra Sociedad pertenecientes a cada uno de estos sistemas, que repetidas veces han hablado con gratitud y reconocimiento del torrente de luz que la Teosofía ha lanzado sobre el verdadero significado de los puntos más oscuros de las doctrinas que les legaron sus antepasados. La única condición que se exige a los que desean formar parte de la Sociedad, es que observarán para con sus hermanos la misma benévola tolerancia y deferencia que desean para sí.

Este es el verdadero punto de mira teosófico; pero es un punto de mira noble y elevado, y su aire es demasiado rarificado para que pueda ser respirado por el sectario o fanático. El sectario ve que no le es posible vivir en estas para él inaccesibles alturas, y , o bien debe retroceder de nuevo al lúgubre pantano de su importancia personal, o rechazar para siempre su orgullosa apariencia de espiritualidad y convertirse en un ser más noble y elevado. No es, pues, de extrañar, que aquellos que sólo pueden ver la luz que despiden sus propias lumbreras, sean incapaces de asimilar una idea religiosa tan noble y elevada, y que por lo tanto comprendan mal a aquellos campeones del pensamiento cuyas mentes están vaciadas en moldes mucho más amplios y elevados que las suyas. La verdad es una, pero sus aspectos son infinitos. En

los niveles inferiores, el estudio de la verdad conduce, *al parecer*, a menudo, a los hombres en distintas direcciones, del mismo modo que dos viajeros que suben a una montaña por diferentes sitios; por un lado el camino conduce hacia el norte, y por el otro hacia el sur, de suerte que cada viajero puede suponer con razón que el otro anda equivocado. Sin embargo, a medida que los exploradores suben y van alcanzando los puntos más elevados y los aires más puros, se aproximan más y más por muy inconscientes que sean de ello, hasta que llega el supremo momento en que se hallan el uno junto al otro sobre el pico más elevado, en cuyo instante, y por vez primera, se dan cuenta exacta de la diferencia que existe entre lo real y lo ilusorio.

De todas las grandes religiones, es quizás el budismo la que más se aproxima a lo que he bosquejado como el verdadero punto de mira teosófico. Como Sir Edwin Arnold hace notar: “Esta venerable religión contiene en sí la eternidad de una esperanza universal, la inmortalidad de un amor sin límites, un elemento indestructible de fe en el bien final, y la más rotunda afirmación que jamás se ha hecho de la libertad humana”.-

INDICE

	Pág.
El Budismo.....	2
La vida del fundador del Budismo.....	2
Las enseñanzas de Buda.....	7
Las cuatro nobles verdades.....	9
La orden del manto amarillo.....	11
La vida del monje.....	13
El Nirvâna.....	14
Los resultados prácticos.....	15
El Budismo en Birmania.....	17
La ofrenda en el templo.....	18
Los tres guías.....	19
Los cinco preceptos.....	20
El cántico de las bendiciones.....	22
Las dos Iglesias.....	25
El ego permanente.....	26
La Teosofía y las religiones.....	28
El objetivo teosófico.....	29

www.santimonia.com

Fuente de Alimento Espiritual

